

alocuciones públicas. Mi entrada señalóse por frenéticos aplausos de los negros y aplausos débiles por parte de los blancos. Se me había dicho en Atlanta que mientras unos blancos venían á escucharme por simple y natural curiosidad, otros acudían con verdadera simpatía, y otros, finalmente, con la única esperanza de asistir á mi derrota, y con ganas de decir á los que me habían invitado: «¡ Ya os lo habíamos predicho !»

Uno de los miembros del Consejo de Administración de Tuskegee, que es, al mismo tiempo mi amigo personal, el señor William H. Baldwin (J.), era, en aquella época, director general de los ferro-carriles del Sud y, casualmente, se encontraba en Atlanta aquel día. Estaba tan inquieto por ver cómo me recibirían y el efecto que produciría mi discurso que no pudo decidirse á entrar en la sala y se quedó afuera paseando, hasta que acabó la ceremonia.

☞ CAPÍTULO XIV.—EL DISCURSO DE LA EXPOSICIÓN DE ATLANTA. №№ №№ №№ №№

La Exposición de Atlanta, á la que yo había sido invitado para pronunciar un discurso, como dejo dicho en el capítulo precedente, abrióse por una corta alocución del Gobernador Bullock. Después de otros números interesantes, entre los cuales recuerdo una plegaria del obispo Nelson, de la Georgia; una oda de Alberto Howell; y discursos del Presidente de la Exposición y de la señora Joseph Thomson, presidenta del comité de damas, el Gobernador Bullock me presentó al auditorio, en los siguientes términos: «Hoy tenemos entre nosotros un representante de la actividad y de la civilización negra.»

Cuando me levanté para hablar, hubo numerosos aplausos, sobre todo entre los negros. En la medida en que ahora puedo recordarlo, sé que una cosa me preocupaba por encima de todas las demás: decir algo que pudiera contribuir á cimentar la amistad entre ambas razas y á establecer una cooperación cordial entre sus individuos. Por lo que se refiere á las circunstancias exteriores, lo único que recuerdo es que, al levantarme, vi millares de ojos ardientemente clavados en mí.

Hé aquí el discurso que pronuncié:

«Señor Presidente y señores Miembros de la Comisión:

»Ciudadanos:

»Un tercio de la población del Sud es de raza negra. Ninguna empresa que tienda al bien material, político ó moral de esta parte del país puede menospreciar este elemento de nuestra población, sin comprometer las probabilidades de éxito. No hago más que interpretar los sentimientos de la masa de mi pueblo al decirlos, señor Presidente y señores Directores, que el valor y la dignidad del negro americano no han recibido nunca una sanción más generosa y adecuada, que la que proviene de la actitud de los organizadores de esta magnífica Exposición. Esta actitud ha hecho más por cimentar la amistad entre ambos pueblos que cualquier otro acontecimiento desde el día de la emancipación.

»Pero no es esto todo. La ocasión que aquí se nos ha ofrecido producirá entre nosotros una nueva era de progreso industrial. Ignorantes y faltos de experiencia como estábamos, no es de extrañar que, durante los primeros años de nuestra nueva vida, hayamos comenzado por la cima en vez de trabajar en la base; que hayamos codiciado un sitio en el Congreso ó en la legislatura, antes que el logro de la propiedad ó de la habilidad industrial; que la convención política ó la elocuencia de las reuniones públicas hayan tenido, para nosotros, más atractivos que organizar una buena lechería ó dedicarnos á la desecación de pantanos.

»Un barco perdido hace días en alta mar, descubre repentinamente la silueta de otro barco amigo. Enseguida, en el mástil del barco en peligro, aparece una señal: «Agua, agua, nos morimos de sed!» La respuesta

del barco amigo no se hace esperar: «Echad un cubo en el sitio en que estáis». Otra vez la señal: «Agua, agua, dadnos agua» dice el barco en desgracia. Recibe igual respuesta: «Echad un cubo en el sitio en que estáis». Y una tercera, y una cuarta vez, la misma petición recibe idéntica respuesta: «Echad un cubo en el sitio en que estáis». El capitán del barco en desgracia, obedece finalmente á las indicaciones que se le hacen y arroja un cubo que vuelve á subir rebosante del agua fresca y clara de las bocas del Amazonas.

»Aquellas gentes de mi raza que sueñan con la emigración á países extranjeros para mejorar su suerte ó que no aprecian, en su justo valor, la importancia de cultivar sus relaciones amistosas con los blancos del Sud, sus próximos vecinos, les diré: «Echad un cubo en el sitio en que estáis; echadlo, ligándoos en amistad, por todos los medios honrosos, con los hombres de todas las razas que nos rodean. Echadlo en la agricultura, en las artes mecánicas, en el comercio, en el servicio doméstico y en toda suerte de profesiones.» Y á este propósito, conviene recordar, cualesquiera que sean los otros errores de que el Sud es responsable, que, en punto á negocios, el negro goza, para todo lo relativo al comercio de las mismas ventajas que los otros ciudadanos. Y estas ventajas se han demostrado en esta Exposición de una manera indudable. Nuestro gran peligro sería olvidar, en este salto de la esclavitud á la libertad, que la masa del pueblo negro debe vivir del producto de su trabajo. Nosotros no debemos ignorar que nuestra prosperidad depende de la medida en que aprendamos á glorificar el trabajo manual; á proceder con inteligencia y razón en las ocupaciones ordinarias de la vida y á distinguir entre las cosas superficiales y las cosas esenciales, entre las bagatelas frívolas de la

existencia y las realidades necesarias. Ninguna raza puede prosperar mientras no comprenda que es tan honroso cultivar un campo como escribir un poema. Es preciso comenzar á vivir por la base y no por la cima. No debemos permitir que nuestras quejas hagan perder caminos á nuestros privilegios.

»A los blancos que para procurarle prosperidad al Sud, cuentan con la inmigración de hombres de origen, de lengua ó de costumbres extranjeras, les diré, si me dais permiso, lo que ya he dicho á las gentes de mi raza «Echad el cubo en el sitio en que estáis.» Echadlo entre los ocho millones de negros cuyas costumbres conocéis: cuya fidelidad y cuya afección pudisteis poner á prueba en los tiempos en que su traición habría podido acarrear la ruina de vuestros hogares. Descendad vuestros cubos entre esas gentes que, sin huelgas ni motines, han trabajado vuestros campos, podado vuestros bosques, construído vuestros caminos de hierro y vuestras ciudades, extraído los tesoros de las entrañas de la tierra y colaboran con vosotros para hacer posible esta magnífica representación de los progresos del Sud. Si echáis vuestros cubos entre los hombres de mi raza, ayudándoles y animándoles, como lo habéis hecho en esta Exposición, para que formen su espíritu, su corazón y sus manos, veréis cómo ellos comprarán las sobras de vuestras tierras, cultivarán las partes incultas de vuestros campos y harán prosperar vuestras fábricas. Obrando de esta suerte, podréis estar seguros de que, en lo porvenir, como en el pasado viviréis rodeados de las familias más pacientes, más fieles, más respetuosas de la ley y más ajenas al sentimiento de odio que hayan existido nunca. Así como en el pasado os demostramos nuestra lealtad cuidando á vuestros hijos, velando á la cabecera de vuestros padres y de vues-

tras madres y, con frecuencia, escoltándolos hasta la sepultura con lágrimas en los ojos, os la demostraremos en lo porvenir, permaneciendo á vuestro lado humildemente, pero con una abnegación que ningún extranjero podría igualar; prontos á dar, si es necesario, nuestra vida en defensa de la vuestra y mezclando nuestra actividad industrial, comercial, civil y religiosa con la vuestra, de modo que se confundan para siempre los intereses de ambas razas. En todas las cosas puramente sociales podremos estar tan separados como los dedos, pero unidos como la mano en todo lo que es esencial para el progreso mutuo.

»No hay garantía ni seguridad para nosotros más que en el desenvolvimiento íntegro de todos. Si en algún sitio se hacen esfuerzos por impedir la expansión del pueblo negro, esos esfuerzos deben consagrarse por el contrario á estimularlo y hacer de él un grupo de ciudadanos útiles é inteligentes. Esos esfuerzos producirán un interés de mil por ciento. Y serán doblemente benditos, «bendiciendo al que los dé y al que los reciba».

»No hay ley humana, ni divina que nos permita escapar á lo inevitable:

«Las leyes de la inmutable justicia
 »atan el opresor al oprimido;
 »vamos á cumplir nuestro destino, dándonos la mano
 »tan estrechamente unidos como el pecado y el sufrimiento.»

»Cerca de diez y seis millones de brazos os ayudarán á levantar vuestra carga ó pesarán sobre ella para impedir que la remováis. Nosotros constituiremos un tercio de la ignorancia y del crimen del Sud, ó un tercio de su inteligencia y su progreso; nosotros contribuiremos, en un tercio, á los negocios y á la prosperidad del Sud ó seremos un verdadero peso muerto, un principio

de estancamiento y depresión que retardará cada uno de los esfuerzos hechos para que avance el cuerpo social.

»Señores de la Exposición: en el momento en que venimos á presentar el resultado de nuestros humildes esfuerzos, á esta exhibición de nuestros progresos, no conviene que os mostréis demasiado exigentes. Comenzando, hace treinta años con algunas mantas, algunas calabazas y algunas aves (recogidas en fuentes variadas) por toda propiedad, recordad que el camino que hemos tenido que recorrer hasta la invención y fabricación de instrumentos agrícolas, carros, máquinas de vapor, periódicos, libros, estatuas, grabados, cuadros, dirección de farmacias y de bancos, no se ha visto limpio de tropiezos ni de espinas. A la vez que nos enorgullecemos de lo que venimos á exponer, como resultado de nuestros esfuerzos independientes, no olvidamos un solo instante que nuestra parte en esta Exposición habría quedado muy por debajo de nuestras esperanzas, si nuestra educación no hubiera sido objeto de la constante solicitud no solamente de los Estados del Sud, sino, en particular, de los filántropos del Norte, cuyas munificencias forman una corriente inexhausta de bendiciones y de exhortaciones.

»Los hombres prudentes de mi raza comprenden que la agitación por cuestiones de igualdad social es la mayor de las locuras y que el progreso en el goce de cuantos privilegios hemos de obtener un día, resulta de una lucha íntima, ardiente y mantenida, pero jamás es efecto de una coacción violenta y artificial. Ninguna raza que posea algo con que contribuir al progreso de los pueblos puede verse herida de ostracismo largo tiempo. Es importante y es justo que gocemos nosotros de los privilegios de la ley, pero es todavía más importante que estamos dispuestos á hacer uso de estos privilegios. El

derecho de ganar un dollar en una fábrica vale infinitamente más, en estos momentos, que el derecho de derrochar uno en el teatro.

»Para terminar, me atreveré á repetir que nada nos ha animado y esperanzado tanto, que nada nos ha acercado tanto á la raza blanca, durante los últimos treinta años, como esta ocasión que la Exposición de Atlanta nos ha ofrecido; y humillado, por decirlo así, delante del altar que representa el resultado de los esfuerzos de vuestra raza y de la mía, que hace treinta años entré con las manos vacías en la vía del progreso, doy fe de que, en el cumplimiento de vuestra tarea para resolver el complejo y capital problema que Dios ha impuesto al Sud, podréis contar siempre con la ayuda gustosa y paciente de mi raza. No olvidemos, sin embargo, que, cualquiera que sea el resultado de la exhibición en estos pabellones de los productos del campo, de la selva, de las minas, de la fábrica, de las letras y de las artes, muy por encima de estos beneficios materiales, ha de llegarle el turno á aquel beneficio superior, que resultará, si Dios nos ayuda, de la desaparición de hostilidades regionales, de animosidades y de suspicacias de raza, de la resolución de administrar una justicia imparcial y de la obediencia voluntaria de todos á la lógica de la ley. Todo esto, unido á la prosperidad material, contribuirá á inaugurar en nuestro Sud bien amado una era nueva de felicidad y regeneración.»

Lo primero que recuerdo, es que luego que hube acabado de hablar, el gobernador Bullock atravesó el estrado para estrecharme la mano y que otros muchos le imitaron. Recibí tantas y tan cordiales felicitaciones que me ví con apuros para abandonar la sala. Sin embargo, yo no me di cuenta, ni siquiera aproxima-

damente de la impresión que mi discurso había producido hasta la mañana siguiente, cuando fui al barrio de los comerciantes, en la ciudad de Atlanta. Así que me reconocieron sorprendiéndome que me señalaran con el dedo y que me rodeara una multitud de gente que quería estrecharme la mano. La cosa continuó durante todo el trayecto hasta tal punto que tuve que volverme á mi casa. A la mañana siguiente regresé á Tuskegee. En la estación de Atlanta y casi en todas las estaciones en que el tren se detenía, entre esta villa y Tuskegee, encontré una muchedumbre de gentes que venían á estrecharme la mano.

Los periódicos de todas las regiones de los Estados Unidos publicaron el discurso íntegro y durante dos meses se refirieron á él por medio de alusiones laudatorias. El señor Clark Howell, Director de la Constitución de Atlanta telegrafió á un periódico de New-York, entre otras, las siguientes palabras: «No exagero diciendo que el discurso del profesor Booker T. Washington, tanto por su valor esencial como por la acogida que mereció, fué uno de los más importantes que se hayan pronunciado nunca ante un público del Sud. Este discurso fué una revelación. Es un programa, á partir del cual negros y blancos pueden unirse haciéndose mutuamente justicia.»

El *Transcript* de Boston dijo en un suelto *editorial*: «El discurso de Booker T. Washington en la Exposición de Atlanta parece haber dejado en segundo término todos los otros acontecimientos y la misma Exposición. La emoción que ha producido en la prensa no ha tenido nunca igual...»

Pronto comencé á recibir toda suerte de proposiciones de agencias de conferencias ó de directores de revistas y periódicos, para dar conferencias ó escribir artículos.

Una de estas agencias me ofreció cincuenta mil dollars (250,000 pesetas) ó bien doscientos dollars por noche si ponía mis servicios á su disposición durante un tiempo determinado. A todas estas comunicaciones respondí que la obra de mi vida era Tuskegee y que no me proponía hablar nunca más que en interés de mi escuela y de mi raza. Por lo demás no quería aceptar proposiciones que solamente tuvieran en cuenta mis servicios desde el punto de vista comercial.

Algunos días después de pronunciarlo envié un ejemplar de mi discurso impreso al Presidente de los Estados Unidos, el honorable Grover Cleveland. Recibí como respuesta estas líneas, escritas de su puño y letra:

«Gray Gables, Buzzard's Bay, Mass., 6 Octubre 1895.

»Booker T. Washington Esq.

»Querido señor: Doy á usted las gracias por haberme enviado un ejemplar del discurso que pronunció en la Exposición de Atlanta.

»Le doy las gracias con entusiasmo por haber pronunciado ese discurso. Lo he leído con profundo interés y estimo que la Exposición estaría plenamente justificada, aunque sólo hubiera servido para proporcionarle á usted la ocasión de pronunciarlo. Sus palabras no pueden menos que animar y sugerir á cuantos quieren bien á su raza y en cuanto á nuestros conciudadanos negros han de encontrar en su discurso una nueva esperanza y una nueva razón que les ayuden á conquistar todas las prerrogativas á que su título de ciudadanos les da derecho.

»Muy suyo,

»GROVER CLEVELAND».

Más tarde vi yo á Cleveland, por primera vez, cuando visitó, como Presidente, la Exposición de Atlanta. A petición mía y de otras muchas personas consintió en pasar una hora en el pabellón negro, examinando las diversas instalaciones, para dar á las gentes de color que allí se encontraban, una ocasión de estrecharle la mano. En cuanto vi á Cleveland, me impresionaron su simplicidad, su grandeza de alma, y su ruda honradez. Luego he vuelto á verle con frecuencia, ó en ceremonias públicas ó en su casa privada de Princeton y cuanto más le veo, más le admiro. Cuando visitó el pabellón negro de Atlanta, pareció entregarse por entero, durante aquella hora, al pueblo de color. Parecía desear con tanta fuerza estrechar las manos de una pobre anciana negra y encontrar en ello tanto gusto, como si se tratara de una rica millonaria. Muchos negros aprovecharon aquella ocasión para hacerle escribir su nombre en un libro ó en la punta de un papel. Pareció hacerlo con tanta atención y paciencia como si se tratara de firmar un documento importante del Estado.

No solamente me ha dado muestras en diferentes ocasiones de su amistad personal, sino que siempre le he visto dispuesto á hacer cuanto le he pedido por nuestra escuela. Lo ha hecho personalmente ó procurándome, gracias á su influencia, donativos de otras personas. A juzgar por mis relaciones con Cleveland, no creo que tenga conscientemente ningún prejuicio respecto al color de los pueblos. Es demasiado grande para tenerlo. En mi trato con los hombres he podido ir comprobando que semejantes prejuicios no existen más que en las gentes mezquinas, que viven únicamente para su provecho personal, que no leen buenos libros, que no viajan, y que no abren nunca sus almas hasta ponerlas en comunicación con las otras almas y con el gran mundo exterior.

Un hombre, cuyas simpatías se ven limitadas por un prejuicio de color, no puede entrar en contacto con lo que hay en el mundo de más noble y elevado. En mis numerosas relaciones con los hombres he observado que los más felices son los que hacen más por los otros y los más miserables aquellos que hacen menos. También he observado que pocas cosas ciegan y limitan tanto la inteligencia como los prejuicios de color. Con frecuencia digo á mis alumnos, en mis alocuciones del domingo por la tarde, en la capilla, que, cuanto más vivo, más convencido estoy de que, si algo en el mundo vale la pena de vivir — y llegado el caso, de morir — es la ocasión de hacer á otro hombre más feliz ó más útil.

Las gentes de color y sus periódicos parecieron, al principio, muy contentos de mi discurso en Atlanta, y de la acogida que se le hizo. Pero, pasada la primera explosión de entusiasmo y á medida que iban leyendo el discurso impreso, algunos de ellos se preguntaban si habían sido hipnotizados. Diéronse á decir que yo me había mostrado demasiado liberal al hablar de los blancos del Sud y que no me había pronunciado con cuanta fuerza creían necesaria en favor de lo que llamaban ellos «dos derechos de la raza». Durante algún tiempo manifestóse una reacción contra mí, entre ciertos miembros de mi raza; pero, más tarde, estos elementos hostiles se fueron convenciendo y vinieron á mi manera de pensar y de hacer.

Y ya que estoy hablando de cambios verificados en la opinión pública, recuerdo que unos diez años después de fundado nuestro instituto de Tuskegee, pude hacer en este sentido una experiencia que no creo olvidar nunca. El doctor Lyman Abbutt, pastor entonces de la Iglesia de Plymouth, y al mismo tiempo director del Outlook (que se llamaba *Unión cristiana*), me pidió que escri-

biera una carta para su periódico, dándole mi opinión sobre la exacta condición intelectual y moral de los pastores negros en el Sud, según mis observaciones personales. Escribí la carta, agrupando hechos exactos tal como los había visto. El cuadro resultaba un poco negro — «blanco» debería decir ya que yo soy negro; — pero no podía ser de otro modo tratándose de una raza que acababa de salir de la esclavitud, de una raza que no había tenido ni el tiempo ni la oportunidad de producir un cuerpo sacerdotal competente.

Lo escrito por mí llegó muy pronto á conocimiento de todos los pastores negros del país y las cartas de reproche que me mandaron fueron numerosas. Creo que durante todo el año que siguió á la publicación de mi artículo cada asociación ó cada simple agrupamiento religioso, perteneciente á mi raza, no terminó un solo día sus tareas sin condenarme ó sin invitarme por lo menos á rectificar ó anular lo que había escrito. Algunas de estas organizaciones llegaron, en sus arbitrariedades, á aconsejar á los padres que retiraran á sus hijos de Tuskegee. Una de estas designó un «misionero» cuyo deber consistía en soliviantar á los padres contra el Instituto para que dejaran de enviar á él á sus hijos. Este «misionero» tenía su hijo en Tuskegee y yo pude comprobar, que á pesar de cuanto decía ó aconsejaba á los demás, él no apartó á su hijo de nuestro lado. Muchos periódicos negros y principalmente los que eran órgano de asociaciones religiosas se unieron al coro general de condenación ó demanda de retractación.

Durante todo el tiempo que duraron aquellos ataques, yo no pronuncié una sola palabra de explicación ni de retractación. Sabía que estaba en lo justo y que el tiempo y la reflexión del pueblo ratificarían mi escrito. No transcurrió mucho tiempo sin que los obispos y otros

jefes de la Iglesia ordenaran que se hiciera una información seria sobre la condición de sus ministros y pastores: los hechos demostraron la razón que me amparaba. Uno de los más antiguos y más influyentes obispos de una de las ramas de la Iglesia metodista dijo que mis palabras habían sido excesivamente indulgentes. Bien pronto la opinión pública habló para pedir una depuración del cuerpo sacerdotal. Aunque tal obra esté muy lejos de realizarse todavía por completo, creo que puedo afirmar sin vanidad, porque muchos ministros de la Iglesia me lo han dicho, que mis palabras habían contribuido en mucho á provocar este movimiento destinado á levantar el nivel moral del sacerdocio. Tuve la satisfacción de recibir la expresión del agradecimiento de muchas personas que antes me habían criticado por mi franqueza.

El cambio de actitud del cuerpo pastoral en lo que á mí concierne es tan completo, que ahora, no tengo, en ninguna clase de la sociedad, amigos más fervientes que entre los pastores. La mejora del carácter y de la vida de los pastores negros es una de las pruebas más grandes del progreso de la raza. Mi experiencia, en este incidente, como en otras muchas circunstancias de mi vida, me convence de que, lo único que puede hacerse cuando se ha dicho la verdad y nos combaten por ello, es permanecer tranquilo y no decir una palabra. Vuestra razón la demostrará el tiempo.

Mientras la discusión proseguía á propósito de mi discurso de Atlanta, recibí la carta siguiente del doctor Gilman, Presidente de la Universidad John Hopkins:

*«Universidad John Hopkins, Baltimore, despacho del
»presidente, 30 Septiembre 1896.*

»Querido señor Washington: ¿Convendría á usted ser uno de los miembros del jurado en la sección de instrucción pública en Atlanta? En caso afirmativo, tendré mucho gusto en colocar su nombre en lista. Una línea por telegrama nos será grata.

»Muy suyo,

D. — C. GILMAN».

Creo que esta invitación me sorprendió todavía más que la de hablar en la apertura de la Exposición. Como miembro del jurado iba á tener que pronunciar me no sólo sobre los envíos de las escuelas negras sino también de las escuelas blancas. Acepté aquel cargo — y me pasé un mes en Atlanta, cumpliendo con las obligaciones que me imponía. El jurado era muy numeroso componiéndolo sesenta miembros en junto. Lo formaban casi por mitades iguales blancos del Sud y blancos del Norte. Entre ellos había presidentes de colegios, sabios renombrados, literatos y especialistas en muchas materias. Cuando el jurado, de que yo formaba parte, se reunió para organizarse el señor Thomas Nelson Page, que era uno de sus miembros, propuso que yo fuera nombrado secretario de aquella sección y la moción fué adoptada por unanimidad. Cerca de la mitad de los miembros de nuestra sección eran gentes del Sud. Al cumplir mis funciones de inspector de los envíos que habían hecho las escuelas de blancos, fuí tratado con invariable respeto, y al final de mis trabajos, no me separé sin pena de mis colegas.

Con frecuencia se me pide que me pronuncie más explícitamente de lo que suelo hacerlo sobre la condi-

ción política y el porvenir político de mi raza. Estos recuerdos de mis experiencias en Atlanta, me proporcionan una ocasión de hacerlo brevemente. Mi opinión — que, por lo demás, nunca he formulado tan explícitamente — es que ha de llegar el tiempo en que el negro del Sud reciba todos los derechos políticos á que su habilidad, su carácter y su riqueza le den derecho. Creo, sin embargo, que la ocasión de ejercer libremente tales derechos políticos no resultará de una imposición exterior y violenta, sino que la ofrecerá espontáneamente el propio Sud, protegiendo á los negros en el ejercicio de sus derechos. En cuanto el Sud se cure de la manía de que se ve forzado por «extranjeros» á hacer lo que no quiere hacer, creo que se iniciará el cambio en el sentido indicado por mí. De hecho, ya hay muestras de que empieza á producirse.

Permitidme que ponga un ejemplo. Supongamos que, algunos meses antes de la apertura de la Exposición, se hubiera hecho una campaña para lograr que en la lista de los oradores y en la lista del jurado figurara un negro. Semejante homenaje á nuestra raza, ¿habría tenido lugar? No lo creo. Los funcionarios de la Exposición de Atlanta hicieron lo que hicieron porque voluntariamente tuvieron gusto en cumplir con lo que creyeron su deber de recompensar el mérito (al decir de ellos), de la raza negra. Dígase lo que se quiera: hay algo en la naturaleza humana, algo que no puede anularse y que nos obliga á reconocer y á recompensar el mérito de los demás sin tener para nada en cuenta el color de su piel.

Creo que es un deber del negro — y la mayor parte de estos parecen comprenderlo así, — mostrarse muy modesto en sus ambiciones políticas, contando principalmente con la influencia lenta pero segura de su riqueza, de su inteligencia y de su carácter para hacer

respetar cada vez más sus derechos de ciudadano. Creo que la concesión de estos derechos se verificará poco á poco, en progreso lento y natural: no es la obra de un día. No creo que el negro deba cesar de votar; es tan difícil á un hombre aprender sus deberes cívicos dejando de votar, como á un niño aprender á nadar, absteniéndose de entrar en el agua. Pero creo que al votar debe constantemente aconsejarse de los hombres de inteligencia y de carácter que le rodean.

Yo conozco negros del Sud que gracias á las exhortaciones, al socorro y á los consejos de los blancos han acumulado propiedad por valor de unos cuantos miles de dollars. Estos mismos hombres no acudirían nunca á los blancos para preguntarles en qué sentido deben votar. Esto me parece poco lógico y esto debería acabar. Al hablar de este modo, no quiero decir que el negro deba humillarse y votar contra sus principios: porque desde el momento en que dejara de votar según sus principios perdería la confianza y el respeto de los ciudadanos blancos del Sud.

Yo no creo que un Estado deba sancionar leyes permitiendo votar á un ciudadano de raza blanca que sea, á la vez, indigente é ignorante y arrebatando ese derecho á un negro que se encuentra en las mismas condiciones. Una ley así no es solamente injusta; es peligrosa como todas las leyes injustas. Porque si uno de sus efectos es espolear al negro para que adquiera instrucción y propiedad, el otro es corromper al blanco que no tiene ningún interés en salir de su ignorancia y su pobreza. Creo que con el tiempo, gracias á la inteligencia popular y al mejoramiento de las relaciones entre ambas razas cesarán, en el Sud, los fraudes electorales. Se irá comprendiendo que el blanco que roba el voto de un negro, acaba por estafar el suyo á un blanco y que éste

hombre termina su carrera de deshonra robando ó cometiendo otro delito igualmente grave. En mi concepto vendrá un tiempo en que el Sud obligará á votar á todos sus ciudadanos. Comprenderá que, para un país, es preferible desde todos los puntos de vista, gozar de una vida sana y vigorosa, que debilitarse en ese marasmo político que forzosamente ha de producirse cuando una mitad de la población no tiene parte ni interés ninguno en la cosa pública.

En principio soy partidario de un sufragio universal y libre: pero creo que, en el Sud, nos hallamos en presencia de particulares condiciones que, durante algún tiempo, justificarían la protección del voto por un censo de instrucción ó un censo de propiedad ó por los dos, á la vez; pero cualquiera que fuera dicho censo debería aplicarse, con estricta justicia á las dos razas.